

Madrid Cómico

SEMANARIO ILUSTRADO

Oficinas y Talleres: Ferraz, 21.—Teléfono 3558

Director propietario: MANUEL DE A. TOLOSA

EN EL RESTAURANT



20 cts.

—Pero, ¿por qué ponen el *menú* en francés? ¿Es que todos los que vienen á comer aquí saben hablarle?...

—Señorito, como para comer no hace falta hablar...



El año pasado celebró un concurso la Academia de la poesía y á él concurrieron dos poetas jóvenes de verdaderos merecimientos: Antonio Andión y José Martínez Jerez. Los libros de estos poetas, dulce y serraniego el uno, arbitrario y vicioso el otro, eran, á mi entender los mejores libros presentados al concurso, aunque ninguno de ellos obtuviera el premio. Ya hablé debidamente en una de mis crónicas recientes del libro *Siembras*, de Martínez Jerez, ahora quiero daros una impresión acerca de Antonio Andión y de su segundo libro *Serraniegas*.

Este señor Andión es un muchacho un poco soñador, que derrocha la alegría de sus años mozos en una imprevisión de poeta. Le gustan los ojos verdes, negros ó castaños de las modistas, y sabe, que cuando hay mucha melancolía en el alma, acaso se puede encontrar en el fondo del vaso el talismán del olvido. El Sr. Andión, no tiene nada de conservador, como muchos jóvenes arrivistas y cretinos, de la fauna literaturizante. Y eso es un elogio para él.

Posee un admirable espíritu de poeta, sensibilidad, riqueza y color en la imagen, sentimiento del ritmo, elegancia y novedad en las rimas. Yo no sé que libro es mejor, si *Nieve, sol y tomillo* que fué el primero, ó este *Serraniegas*, que tiene un encantador perfume de alma juvenil y un sabor agreste, sano y oloroso de pinos y tomillares.

Ved á propósito del alma del poeta, un soneto notabilísimo que él titula:

MI ALMA

Quiero mi alma templar en la aspereza
y en la grandiosidad de la montaña,
quiero en ella infundir la mezcla extraña
de su honda austeridad y su belleza.

De su cielo impoluto la pureza,
del reidor regato que la baña,
la humildad que á los buenos acompaña,
de sus cumbres de nieve la nobleza.]

Quiero en mi alma infundir la poesía
de sus puestas de sol, luz y colores,
ungirla con aroma de sus flores,
darle la transparencia de su día,
de la sierra sintiendo los amores,
quiero verla y decir: Tu alma es la mía,

Andión ama también á Madrid, con un amor de galán que recuerda los rostros bonitos que le han hecho soñar y sufrir.

*Ojos negros de reto en las caras morenas,
flores de los jardines y las galantes flores,
música de organillos, cimbel de los amores

alma del merendero y alma de las verbenas
Madrid, noble y goyesco, de los poetas loa
que tu infantil bullicio en sus versos cantaron
que en brega con chisperos á tus majas amaron
y ofreciéronlas flores al cruzar la Moncloa..“

Pero no dura mucho esta nostalgia cortesana en el espíritu del poeta; él tiene un alma más eglogal que ciudadana, y torna á cantar en su caramillo dulcemente el amor de sus sierras, de sus montes azules y de sus picachos nevados.

Algunas veces tiene cierto gracejo arcaico y nos cuenta ingenuos episodios de zagalinas y de galanes que parlan con sin par donosura, en una tabla muy pulida como en el poemita titulado *La misa del domingo*.

—Ya los trigos maduraron
y pronto los segarán,
del color de tus cabellos
las mieses tornando van,
—Como es mañana de fiesta
viene de fiesta el galán.

.....
Esta noche voy de ronda,
un ramo te he de colgar
si te cantase una copla
¿escucharla no querrás?
—Una copla, si es bonita,
bien te la podré escuchar.
—Para ti sola, pensada,
en esta tarde será.

Serraniegas es un libro de un poeta, sincero, ingenuo, que da la sensación con una gran frescura de aroma y de juventud.

Realmente, se puede decir que es una gran vaharada de perfume de pinos, sano y brioso, que nos empapa el alma de amor á la tierra y de optimismo.

Emilio Carrere





—¡Guardia! en aquella casa debe estar ocurriendo algo grave. Hace media hora que estoy oyendo gritar en un tono que dá lástima: ¡Ay!... ¡ay!... ¡ay!...

—¡Ay, que bueno! Es que hay una escuela de cante jondo.

DONES DEL ALMA

I

Salí del casino envuelto en mi gabán de pieles. Al subir al coche, una mujer, casi una niña, me dijo: "Señorito, una limosna por la salud de sus hijitos..." Aquella voz era tan triste, tan apocalíptica, que me conmovió. Desde el coche vi á una jovencita, pobrememente vestida, que debería tener de diez y seis á diez y ocho años; su rostro era muy pálido; sus ojos muy grandes y negros como la mora. Temblaba de frío. Me dió tanta lástima, que le di la moneda de plata más grande que encontré en mi bolsillo.

—Debe usted haberse equivocado, señorito—me dijo cuando vió el duro en la mano.

Todas las noches salía á mi encuentro y la gratificaba espléndidamente. Me interesaba tanto, que una noche la pregunté cómo se llamaba y por qué pedía, y me respondió: "Me llaman Alicia. No conocí á mis padres y vivo con una familia de titiriteros. Por el verano, vamos de pueblo en pueblo; por el invierno, como no hay trabajo, venimos á la capital, y á los pequeños nos hacen pedir limosna para todos."

Llegó la primavera, y mi pobre, como

yo la llamaba, dejó de salir á mi encuentro. No volví á saber más de aquella muchachilla pálida, de ojos negros y hermosos.

II

Una noche de Mayo fuimos unos cuantos amigos al circo. Era un jueves de gran gala; en palcos y en butacas de pista, había hermosas mujeres, tan descotadas, que enseñaban gran parte de sus sonrosados senos; sin esta exposición no hay gala posible.

Estaba empezando la segunda parte del programa. Salió un clown que, con sus farsas y sus regocijantes payasadas, nos hizo pasar un rato agradable. Después, muy deprisa, los criados del circo prepararon los columpios, templaron un alambre que cruzaba la pista y pusieron debajo una red. Salió una hermosa equilibrista. ¡Cuál no sería mi asombro al reconocer en aquella mujer á la pobre del casino! Antes de terminar el número salí y la esperé por donde tenía que pasar.

Sonaron aplausos atronadores. Había terminado. Cuando me vió, se arrojó en mis brazos, casi llorando de alegría. Me condujo á su camerino.

—¡Quién había de decir que aquella chiquilla delgadita llegaría á ser Miss *Ketty*, la hermosa equilibrista!

—Todo os lo debo... Aquellas limosnas que me dábaís, fueron la rendición mía de aquel cautiverio... Huí de aquella familia, en que los padres no eran padres, ni los hijos hijos, sino amos y criados, señores y esclavos... y hasta el nombre tuve que cambiar para que no supieran de mí.

—Encantadora Alicia. ¡Qué hermosa sois!... ¿Y no volvisteis á saber de ellos?

—A los compañeros, á los camaradas que compartían conmigo las miserias, los palos, los días amargos, los he encontrado en mis excursiones artísticas. Algunos son lo que aprendieron: titiriteros de pueblo; otros, empresarios explotadores, como nuestros amos... Mi mejor amiga, la que llamábamos *Emma*, por llamarla de alguna manera, es hoy una elegante *cocotte*; otra, trabajaba en el *Olimpia* de *coupletista*; en fin, todas hemos seguido por el camino que teníamos que ir, por el que van las mujeres abandonadas, las que no tenemos quien nos ayude, quien nos defienda... y sólo somos el muñeco de quien nos quiere comprar, ó de quien sabe llegar al alma nuestra.

—Tenéis razón, que nada hay más cruel que el corazón del hombre. La mujer podrá ser lo que quiera, pero es siempre mujer; la más perfecta hermosura que Dios creó para placer del hombre; unas veces como muñeca de lujo, precioso juguete que no nos cansamos de darle vueltas hasta que le deterioramos, le rompemos... entonces, el juguete á un rincón, la máscara deshecha; otras, la muñeca con alma la de nuestros juegos de niños, el juguete sucio de nuestras comiditas infantiles... Y casi siempre sin amor, mejor dicho, jugando al amor, los corazones fuertes de los héroes de la vida, creen que constantemente han de ser juguetes, los cuerpos lindos cubiertos de vistosos trajes, sin darse cuenta que hay algo más que la armadura, en las almitas locas de las muñecas... (Pausa.) ¿Amáis?

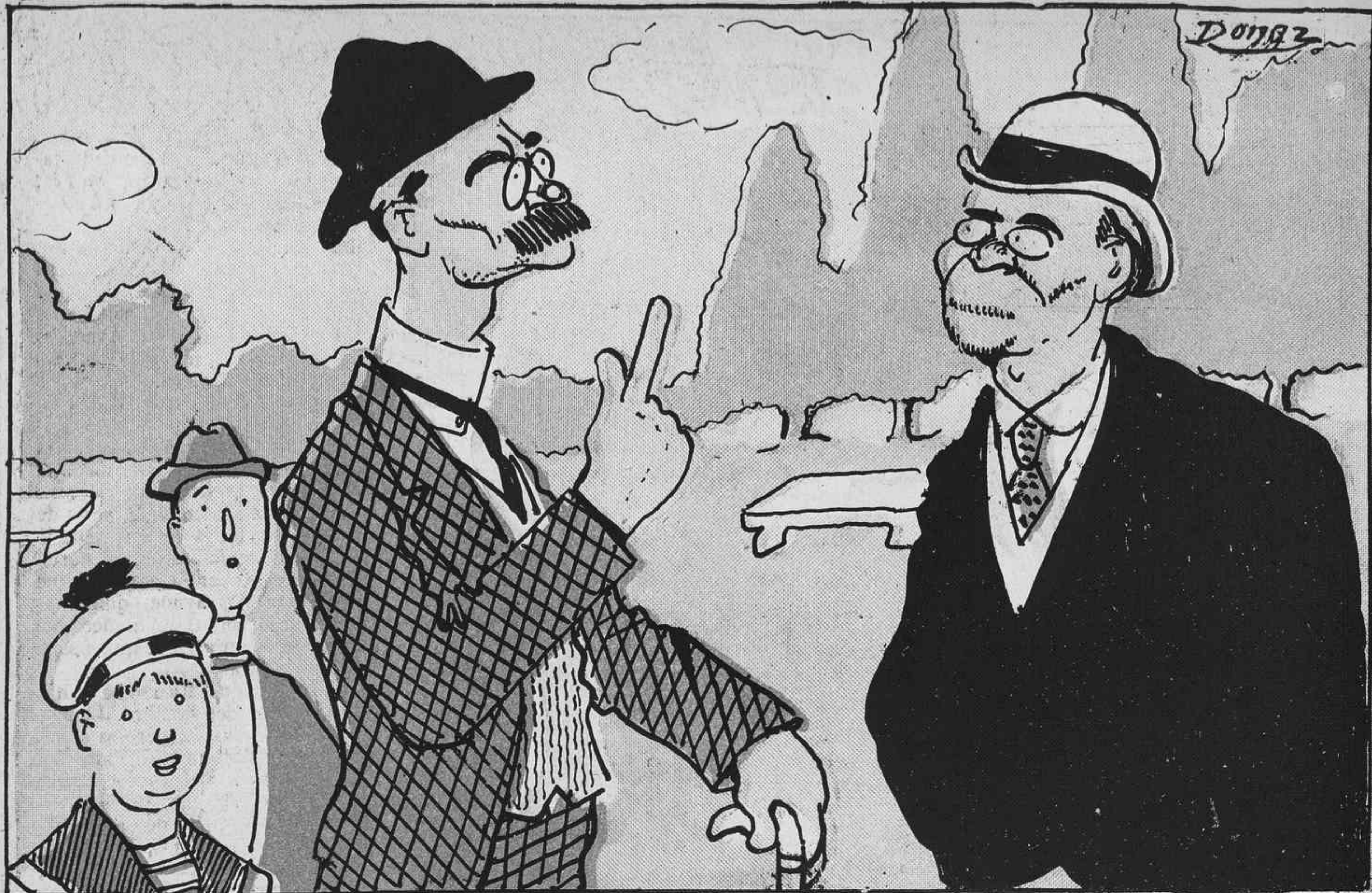
—Amo con toda mi alma á un hombre que un día fué mi salvador. Yo era entonces muy pobre y él un gran señor: el corazón derrama toda su ilusión, todo su cariño, cuando nuestro amor es un imposible... Luego le volví á encontrar y seguía viendo al mismo gran señor, el de los altivos pensamientos, el que sólo acaricia la mano de la ilusión...; yo era una titiritera, la de las ruines obras, cuya alma no podrá nunca acariciar á su señor el ensueño; el ensueño que forjó la fantasía por capricho ó vanidad: al corazón de la mujer sólo llega la dulce claridad de la aurora, cuando nuestra vida entra en su ocaso.

—No sé si es capricho, si compasión es, lo que á mi alma hace aproximarse á la tuya. Sólo en estos momentos acierto á decir que esta noche es la última que trabajes en el circo, y que jamás mi corazón sabrá olvidarte, porque hay algo más noble que todo, más dignificante: la unión de las almas...

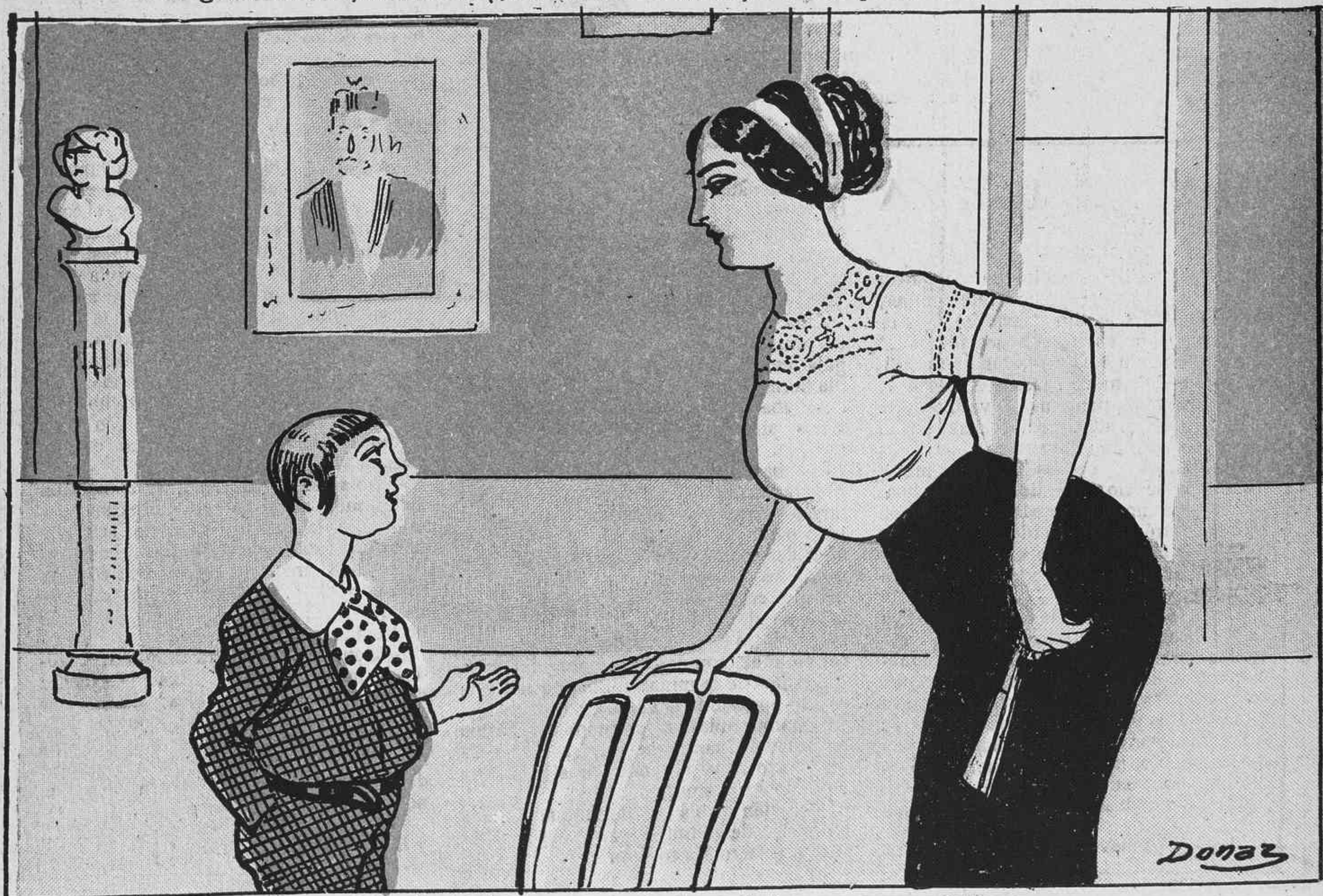
—(Pausa). Cuando era chiquilla, cuando era la pobre que socorrías en la puerta del casino, soñaba ser rica; cuanto más pobre es una, más sueña en riquezas. Más tarde, deseé que me amasen mucho... Mis ilusiones, mis esperanzas, parecía que me decían que sería feliz... Ahora noto que no todo en la vida es fantasía...

—La vida es todo compasión, caridad... y la caridad es amor....

Angel Díaz Enrich.



—Pero hombre, déjese usted de pleitos y transija con los contrarios...
—De ninguna manera; defenderé los intereses de mis hijos hasta que les gaste la última peseta.



—Mamá, ¿cómo no vuela la doncella?
—¿Y por qué va á volar?...
—Como papá le está siempre diciendo que es un ángel.
—¡Ah, sí! Pues ya verás como vuela.



—Estoy decidido á dedicar á mi hijo á la pintura.
—¿Tiene buenas disposiciones?
—Ya lo creo que sí. Le he acostumbrado á pasarse ocho días sin comer.

"EL COCO," "POLI,"



Una de diez y ocho con excitación.—
Es Timo.—Cómo ocurrió la desgracia.—¿Dónde está la bolsa?—Cuestión de San Antonio.—¡A buscarla!—No está.—De viaje.—Se continuará.

Estábamos Durán y yo pensando dónde podríamos meternos para hacer la información de esta semana, cuando un estrepitoso campanillazo puso en conmoción toda la servidumbre de mi domicilio.

Abrióse á poco la puerta del despacho, apareciendo en ella una muchacha que debía tener diez y ocho abriles y una terrible excitación nerviosa.

—Es usted "El Coco"?

—Servidor.

—Por muchos años.

—¿Qué deseaba usted?

—Venía á pedirle un favor muy grande.

—Usted dirá.

—Mire usted; lo que me pasa, es lo siguiente. Yo, desde que vine á Madrid, estuve siempre sirviendo (aunque me esté mal el decirlo), en casas muy buenas de *postín*; ¿usted me comprende?

—¡Claro que sí! Yo lo comprendo todo.

—Bueno. Pues esta mañana salí á la compra como de costumbre, y al volver va mi señorita y me dice: Oye, Timo...

—¿Es ese su nombre?

—No, señor. Me llamo Timotea; pero la señora lo dice así para abreviar.

—Adelante.

—Pues va y me dice: Oye, Timo, hay que sacar dinero del Monte.

—Para eso—le dije yo—hace falta cartilla—Sí. Toma.—Y me dió la bolsa donde la guardaba.

—Al salir me encontré en la calle con Colás, mi novio, que sirve al Rey en un regimiento de húsares y está muy contento porque eso es lo que á él le gusta.

—¿Le tira la caballería?

—No, señor. Sabe montar muy bien.

—¡Ah!

—Hablamos de nuestras cosas. Empezó á decirme lo de tóos los días, que si me podía sacar algo; yo le dije que no, que tóo lo contrario es lo que tenía que hacer; pagarme lo que me debe. Le solté "cuatro frescas". Regañamos.—No me importa—dijo él.—Lo que me sobran á mí son mujeres. ¡Si supieras que más de media docena están por mí...—Colás, ya lo sé. No me lo digas—le interrumpí.—Después me tiró un pellizco. En seguida hicimos las paces. Al llegar al Monte me dió un apretón. Busqué un kiosco. No lo había. Mi novio me llevó entonces á casa

de una tía suya. Allí fué donde ocurrió mi desgracia.

En este punto la joven rompió á llorar.



—Consuélese la joven y prosiga. ¿Qué fué lo que le pasó.

—Nada; que salí á la calle con la tranquilidad del que se quita un peso de encima, y en el portal de mi casa fué donde noté que me faltaba algo.

—La bolsa, ¿verdad?

—¡Ay, sí señor! La bolsa y todo lo que llevaba dentro. Es decir, la cartilla. Imagínese usted mi situación. ¿Cómo me presento yo ahora á los ojos de mi señorita sin cobrar?

—No se apure. Parecerá.

—¿De veras? ¿Sabe usted donde está la bolsa?

—¡Claro! No tiene pérdida.

—Dios le ayude.

—Me ayudará. No se preocupe por eso. A mí me ayuda en todo Dios.

—¿Cuándo vengo por ella?

—Dentro de tres días.

—¿Nada más? Gracias, señor "Coco".

—No hay de qué darlas.

Y se ausentó.

Al quedar solos de nuevo, Durán me interroga.

—¿La piensas buscar?

—Ahora mismo. Prepárate.

—Pero, oye; ¿es que todo lo que se pierda nos lo vamos á encontrar nosotros?

—Calla y vete á buscar un coche.

—Al punto.

Mientras el vehículo rodaba vertiginoso, mi compañero y yo sosteníamos dentro el diálogo siguiente!

—De manera que vamos...

—A ver á la tía de *marras*. Es preciso practicar un reconocimiento en la habitación donde la pérdida se ha efectuado.

—¿Y si nos dicen que allí no está y nos

mandan á La Porqueriza, ó á Loeches; ¡vaya usted á saber!

—¡Ah! Pues nos iremos. Ante todo somos periodistas.

—¿Y de cuándo acá fueron los periodistas encargados de hacer que parezca lo que se pierde? ¿No es eso cuestión de San Antonio? ¿A qué quitarle la parroquia?

—No digas estupideces. El periodista debe hacer todo lo que dé motivo para una información interesante y ruidosa.

—¡Ah! ¿Pero va á haber ruido?

—Probablemente.

—Entonces tendré que irme.

—¿Por qué?

—Porque me duele mucho la cabeza.

Llegamos. Subimos. Llamamos. Una criada sale á abrir. Al saber la misión que allí nos conduce, se niega terminantemente á recibirnos. Pero mi persuasiva elocuencia surtió, como siempre, los maravillosos efectos que deseaba, y merced á ello pude practicar el escrupuloso registro en el desagradable lugar de la ocurrencia. Revolví los papeles, escudriñé por los rincones, ¡y nada! ¡Todo inútil!

—Aquí es menester abrir el ojo—dijo Izquierdo.

—Tienes razón—le contesté.—Debe haber gato encerrado.

—Sí. A mí no me huele bien esto.

—Ni á mí tampoco.

Interrogué á la dueña de la casa.

—¿Estuvo aquí alguien después?

—Sí, señor. Mi marido.

—¿Y no le vió usted la bolsa?

—No, señor.

—Es extraño. ¿Está aquí él?

—Salió hace un momento á un recado.



—¿Cerca?

—Sí. A Bobadilla.

—¡Caracoles!

—Fué en busca de una sobrina, muy guapa por cierto, que vive allí.
—¿Guapa, eh? La querrá mucho.



—Muchísimo. ¡Como que le tiene embobado!

—¿Y ella está en Bobadilla?

—Sí, señor.

—No hay más que hablar. Ya estamos en la pista.

—¿No será para hacer el tonto?

Diez minutos después nos encontramos en un tren de mercancías, camino de Córdoba, la Sultana.

Cuando llegamos á Bobadilla era ya tarde.

Según supimos por el guarda-agujas que nos hizo un entusiasta recibimiento, el tío y la sobrina acababan de salir con dirección á Linares.

No crean ustedes que esto nos contrarió. Al revés. Para nosotros fué una satis-

facción no pequeña, pues de este modo la información adquiriría las proporciones extensas que los grandes acontecimientos requieren dándole mucha más importancia.

La esposa del guarda-agujas, que es modista (sin duda para aprovecharse de la profesión del marido, las mujeres están en todo), nos obsequió con una succulenta merienda. Había allí comida para un regimiento.

Así que el férreo convoy inició su marcha, metimos mano á las chuletas inevitables, cuya abundancia extraordinaria causó en nosotros la natural sorpresa.

Al cabo de dos horas estábamos en La Tortilla. Tal es el nombre de un apeadero existente junto á Linares.

Tampoco en este punto hallaron término feliz nuestras andanzas reporteriles.

Un mozo de cuerda, despreocupado como todos, se echaba el mundo á la espalda cuando le abordamos.

—Acaban de salir para Priego—nos dijo.

Y nosotros lo creímos, porque al pedir informes del "Juanete" (así le llamaban los compañeros) nos aseguraron que, no obstante su fealdad y menguada estatura, era un *buen mozo*.

—Ahí tienes—dice Izquierdo al embarcarnos por tercera vez.—¡Qué cosa más rara! Un "Juanete" que no hace daño.

—En efecto. No nos podemos quejar.

El reptil monstruoso arrastra por los rieles su pesado abdomen y rendimos culto á la diosa Charla.

—Oye, "Coco": ¿en Priego qué piensas hacer?

—Buscarlos. ¡Vaya una pregunta!

—¿Y si resulta que tampoco están?

—Aprovecharé el tiempo que estemos allí para retratarme con el alcalde, el sacristán, el veterinario y demás personalidades que garantizarán así mi paso por la localidad.

—¿De manera que es preciso enjaretar una información de Priego?

—Sí.

—Eso no va á poder ser.

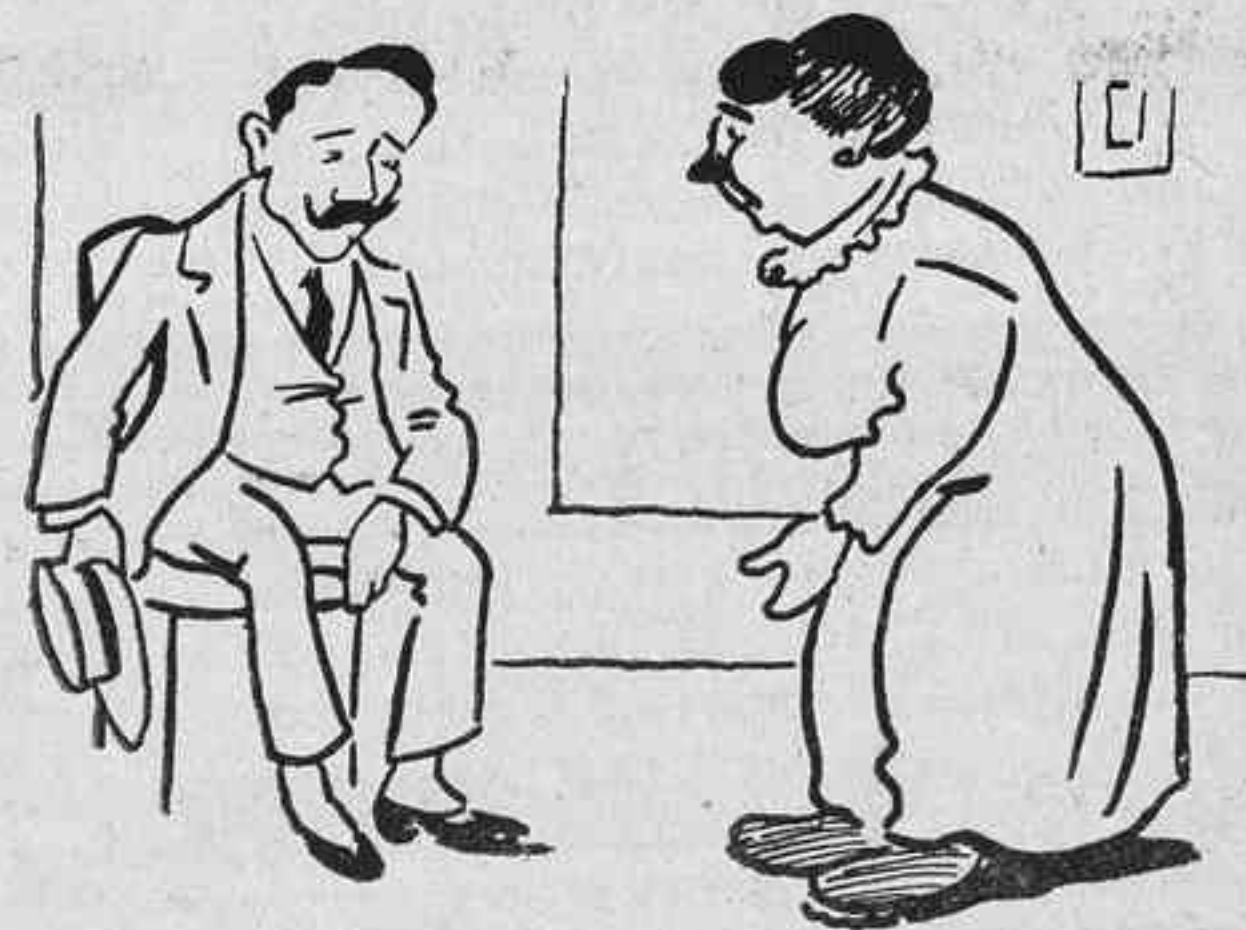
—¿Por qué razón?

—Porque si hacemos una información de Priego vamos á pasar de las dos páginas que es lo convenido.

—Calla y duerme.

Se detiene la locomotora. Para el tren, Hemos llegado.

¿Estarán?



En el número próximo lo sabrán ustedes.

El Coco de la Lata.

COSAS DEL "GUERRA,"

Pasé con Guerra el torero, unos días en Cestona, y Rafael, que es persona de muchísimo salero,

con su ingenio peregrino encantados nos tenía, pues con todos discutía de lo humano y lo divino.

Estando un día sentados á la hora del café, nos hablaba de no sé qué lances muy apurados,

cuando con ruido espantoso llegó al Establecimiento, imponente y polvoriento un automóvil precioso.

—Jozú, qué chisme tan feo—dijo el Guerra.

—¡Tonterías!

Eso es lo que tú debías tener para tu recreo.

—¿Yo automóvil?...

—¡Claro está!

—¿Yo á fogonero metió?

¡Si no jasen más que ruido!

¡Si eso no sirve pa ná!

—Este es un *Dion Bouton*, de fuerza, como conviene.

—¿Cuántos caballitos tiene?

—Treinta y cinco,

—¡Pus ya son!

—Anda, y gástate el dinero y hazte *chaufeur*.

—¡No en mis días!

—Con un coche así podías

dar la vuelta al mundo entero.

—¿Er Guerra automovilista?

Caye osté por Dios, compare; porque el hijo de mi mare no se mete á maquinista.

Quiero caballos enteros; jacas de sangre y valor; no esas jacas de vapor que inventan los extranjeros.

Cuando me voy á la sierra guiando mi faetón con cinco jacas que son lo mejó que hay en mi tierra, voy tranquilo, como ahora, porque en las manos las yevo y yo con eyas me atrevo á decir: Yego á tal hora.

Si á una le da un torosón y se muere de repente, ayudao de la gente que yevo en er factón,

retiramos al instante la jaca que ha fallado,

y con las cuatro ¡al avío!

¡Arreo y ando palante!

¡Y yego! ¿No he de yegar?

Pero ¿me quíe osté desir si ese *chauffer* puede ir á donde piensa al marchar?

¡Que no! Porque á lo mejó por cualquier lanse importuno le da un torosón á uno de esos jacos de vapor,

y aunque treinta y cinco yevo,

con uno que enferme basta

pa renegar de su casta sin que el demonio lo mueva.

Y ayí estará el *Don Botón* arrimao á una cuneta esperando á una carreta como única solución.

¿Qué sirven, vamos á ver, treinta y cinco jacos de esos que cuestan miles de pesos y no se pueden mover?

¡Treinta y cinco! ¡Qué farsante!

¿Qué uno se estropea? ¡Bah!

¡Pues ya no sirven pa ná los treinta y cuatro restantes!

Vital Aza.



Al notabilísimo profesor de trompeta Felipe Gaona.

¡¡ARRIBA EL TRAPO!!

Polka de cornetín con acompañamiento de público, por MANUEL RIBAS.

Piano

The first system of the score consists of two staves. The upper staff is in treble clef and the lower staff is in bass clef. Both staves have a key signature of one sharp (F#) and a 2/4 time signature. The music begins with a forte dynamic marking 'f'. The first staff contains several measures of music with eighth and sixteenth notes, and rests. The second staff continues the accompaniment with similar rhythmic patterns.

The second system continues the piano accompaniment. It features a series of eighth and sixteenth notes in both staves, with some measures containing rests. The key signature remains one sharp (F#) and the time signature is 2/4.

The third system continues the piano accompaniment. It features a series of eighth and sixteenth notes in both staves, with some measures containing rests. The key signature remains one sharp (F#) and the time signature is 2/4.

The fourth system continues the piano accompaniment. It features a series of eighth and sixteenth notes in both staves, with some measures containing rests. The key signature remains one sharp (F#) and the time signature is 2/4.

The fifth system continues the piano accompaniment. It features a series of eighth and sixteenth notes in both staves, with some measures containing rests. The key signature remains one sharp (F#) and the time signature is 2/4.

The sixth system continues the piano accompaniment. It features a series of eighth and sixteenth notes in both staves, with some measures containing rests. The key signature remains one sharp (F#) and the time signature is 2/4.

Handwritten musical notation for the first system, featuring piano accompaniment with chords and eighth notes.

Handwritten musical notation for the second system, including melodic lines with slurs and accents.

Handwritten musical notation for the third system, showing complex chordal textures.

Handwritten musical notation for the fourth system, with various rhythmic patterns.

Handwritten musical notation for the fifth system, including a fortissimo (*ff*) dynamic marking.

Handwritten musical notation for the sixth system, concluding the piece with a signature.

Linares

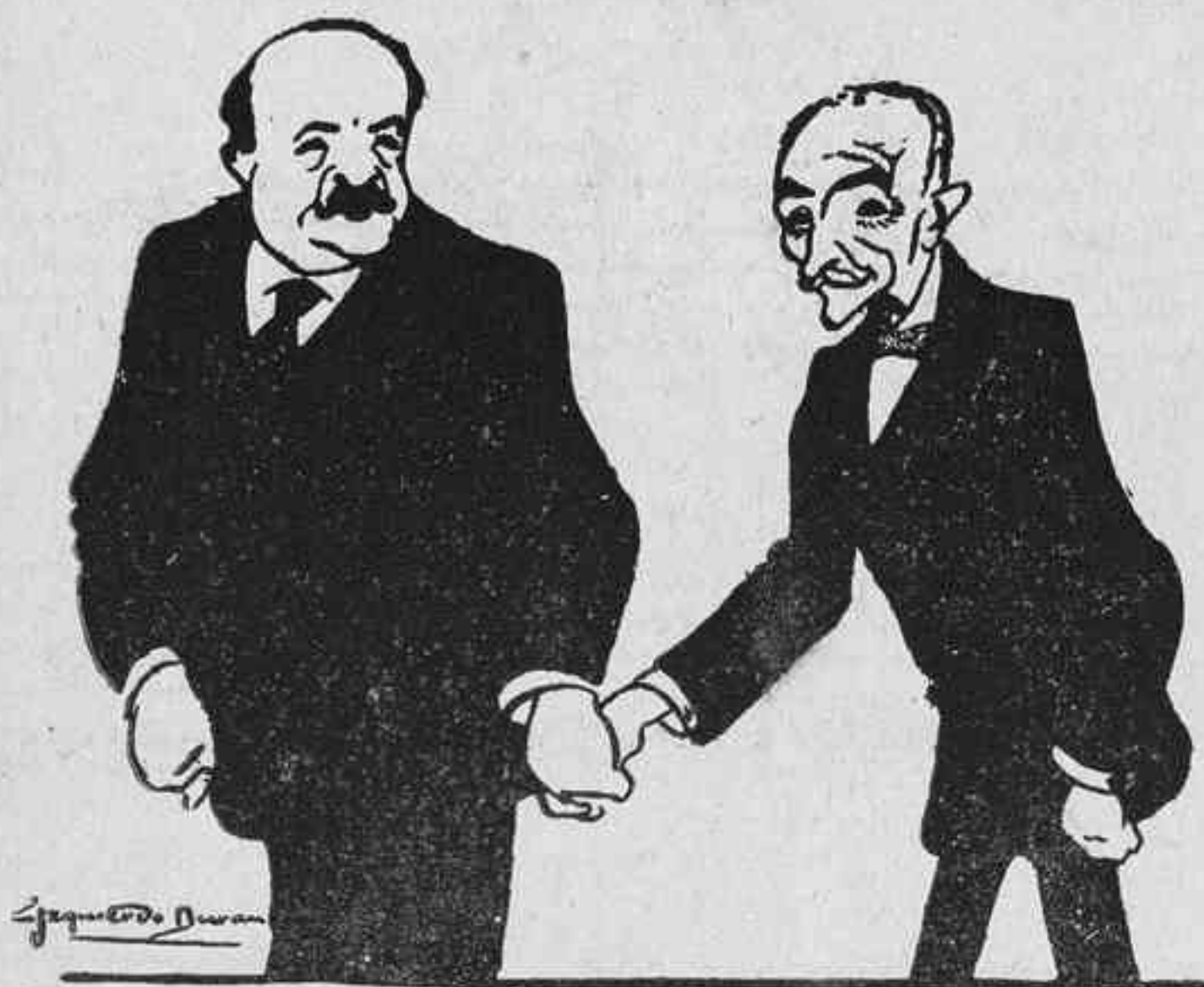
LOS ÉXITOS

* * * * * "LAS MUJERES DE DON JUAN," * * * * *

Perrín y Palacios, como siempre que de revistas de espectáculo se trata, han triunfado otra vez justa y ruidosamente en Apolo con la vallosa colaboración musical del popular maestro Calleja.

Las mujeres de don Juan es obra que ha de dar mucho dinero por su vistosidad deslumbradora servida rumbosamente por los empresarios Arregui y Aruej, cuyo bolsillo es el factor principal é indiscutible del éxito.

Merced á la galantería de sus autores, MADRID CÓMICO se honra publicando hoy en sus columnas dos de las escenas principales de esta nueva producción, en las que obtienen diariamente es-



PLUMIFERO.

Si soy tan feliz, espera
su amable contestación
lo mismo que un alma en pena,



truendosos y legítimos triunfos sus intérpretes, que lo son Amalia Pérez de Isaura, que se ha revelado en el papel de "Uua Tercera" como genial actriz, Videgaín, Vallejo y Sotillo.

He aquí las escenas:

CUADRO II

DON JUAN, DIEGO y PLUMÍFERO.

D. JUAN. Hay que escribir.
DIEGO. Yo no sé.
D. JUAN. Pues si no entiendes de letra tiés que buscar secretario como hasen las cosineras y los sordaos pa escribirse contestarse y viceversa.
DIEGO. Y dónde está el secretario?
D. JUAN. Aquí está ya en tu presencia.
PLUMIFERO. Servidor.
DIEGO. ¿Usted quién es?
PLUMIFERO. Plumífero Salvadera de Arenilla. ¿Qué se ofrece?
D. JUAN. Este mosito desea cartas de amor.
PLUMIFERO. ¡Ah! Muy bien. Se trata de una doncella. *(Coge á Diego y figura escribirle en el pecho.)* Señorita: aquí, dos puntos. *(Dos golpecitos.)* Desde que por vez primera la vi á usted, me quedé ciego, y como no puedo verla, la escribo para decirla poniéndola cuatro letras: ¡Que l'amo!
DIEGO. ¿Qué es lo que dice?
PLUMIFERO. Que la amo á usted! y quisiera el verme correspondido con una correspondencia de usted. Si soy tan feliz... *(Le hace girar y figura escribir en la espalda de Diego.)* Vuélvase usted, que está llena ya esta carilla.
DIEGO. Me vuelvo.

este, ese, ese, ese:
Fulano de Tal. La fecha.
Su casa: *Ventosa dos.*
P. D. Si no me contesta, me mato, escribiendo al juez que es mi voluntad postrera, que me pasen por su casa en una cajita negra con galoncitos de plata, llevando una mano fuera *(Indicándolo.)* para que usted me conozca. Ahora se dobla la esquela. *(Quiere doblarlo.)*
Este tío va á doblarme. Se coge el sobre, se pega, se escribe la dirección, y allá usted. Usted la echa en el buzón de correos,

DIEGO.
PLUMIFERO.

por debajo de la puerta,
ó la da por la mirilla
ó se la da á la portera,

allá usted, porque yo en esto, mi amigo, no tengo vela. (Le da la mano, saluda, y hace mutis riéndose.)

ESCENA 9.^a

DON JUAN, DIEGO Y UNA TERCERA.

TERCERA.
D. JUAN.

Muy buenas noches, D. Juan.
Aquí tienes á una vieja que en cositas del querer, toó lo allana y toó lo arregla.

TERCERA.

Don Juan, usté me conoce y usté sabe lo que cuesta...

D. JUAN.

(Rápido.) Ya lo creo que lo sé.

TERCERA.

Convencer á una doncella pá que tome un ramo é flores ó un orsequio cualquiera; por ejemplo: unos zarcillos, un collar ó una peineta, cosas que no valen ná, pero en fin, que manifiestan el cariño que los hombres suelen tener á una hembra. Algunas, lo toman pronto; otras quieren, más se niegan al principio, pero aluego si ven que el regalo pesa, sequean con él. Otras hay que se enfadan y hasta pegan; pero pá que está el jarabe de pico y lo que una vieja sabe de toas las cositas del amor. ¿Usted se acuerda de aquella rosa temprana, de Antonia la Malagueña? ¿Se acuerda usté de Dolores? ¿Se acuerda usted de la Pepa? ¿De Rosario? ¿De Ramona? ¿De Paça la Naranjera?

D. JUAN.

(A Diego.) Fijate bien y convécete, de que he sido una epidemia pa el corasón femenino.

TERCERA.

(A Diego.) Y en lo bien que se conserva á pesar de toó.

D. JUAN.

Estimando

y tome usté don pesetas por la flor y los recuerdos.

TERCERA.

(Cogiendo las dos pesetas.)

DIEGO.

¡Siempre el mismo! No hay quien pueda con usted. (A Diego.) ¿Y á este mocito, qué se le ofrece?

¡Ay, abuela!

Yo quiero amor, mucho amor.

TERCERA.

Pues vente conmigo, prenda, y fíjate bien y escoge y en haciéndome una seña, pa toó lo que necesites me tendrás pronto á tu vera. Una cartita, una llave, un regalo... lo que quieras; toó lo llevo, toó lo traigo, soy del amor la Gaceta. (Rápido á Juan.) ¿Tiene guita?



D. JUAN.
TERCERA.

¡Un dineral!

Pues tiene llave maestra el chavalillo, pa abrir del amor toas las puertas. Echa pá alante, gracioso, que como *sudes* de veras, desde la princesa altiva á la que en ruñ barca pesca, vas á tener á la mano más mocitas que hay estrellas. Adiós, don Juan.

D. JUAN.
TERCERA.

Adiós, bruja.

(Llevándose á Diego.)

¡Ay, chaval, lo que te espera! ¡Don Juan Tenorio á tu lao, una sapatilla vieja! (Vanse.)

LAS AMENAS TERTULIAS

El cronista es un hombre un poco infantil que gasta el tiempo en unas cosas nimias. Y hoy quiere hablar de las buenas gentes que no trabajan, de esas buenas gentes, sencillas, que dejan transcurrir dulcemente su vida en un adormecimiento oriental. Los cafés suelen ser el punto de reunión de todos ellos. Apenas va transcurriendo la hora del yantar, van acudiendo á estos lugares los hombres del reposo; jóvenes, viejos, ricos, pobres. De todas las carreras, de todas las profesiones, de todos los oficios. Las mesas blancas van rodeándose de bultos impassibles, inmóviles, que beben lentamente su café y arrojan por la boca espirales de humo azulado, con un gesto sensual.

De repente uno de ellos apura el último sorbo de su taza, y adoptando un ademán épico grita: "¿Pero no saben ustedes?" Las doce, las catorce, las veinte pupilas se fijan en él fulgurantes; los doce, los catorce, los veinte labios se contraen en un rictus hosco y se fruncen amenazadores los seis, los siete, los diez

entrecejos de los que no saben nada acerca de lo que tan fieramente se anuncia. Y cuando ya la terrible revelación ha sonado, todos exclaman indignados: "¡Esto es inicuo!" "¡Esto no es país!" "¡Qué dirán las naciones extranjeras!" "¡Y que ocurra esto en el siglo XXI!" "¡Y hay quien consienta esto!"

El médico, el empleado, el comerciante, el maestro de obras, el militar retirado, el estudiante, ponen el grito en el cielo. ¿Cuál será la causa de tal exaltación, de tal ardimiento? ¿Qué será esto? ¡Oh! El médico no habla de patología, ni el empleado de burocracia, ni el comerciante de mercados, ni el abogado de Derecho, ni el maestro de construcciones, ni el militar de táctica ni el estudiante de estudios. ¡No, justo Dios! Allí sólo se habla de política.

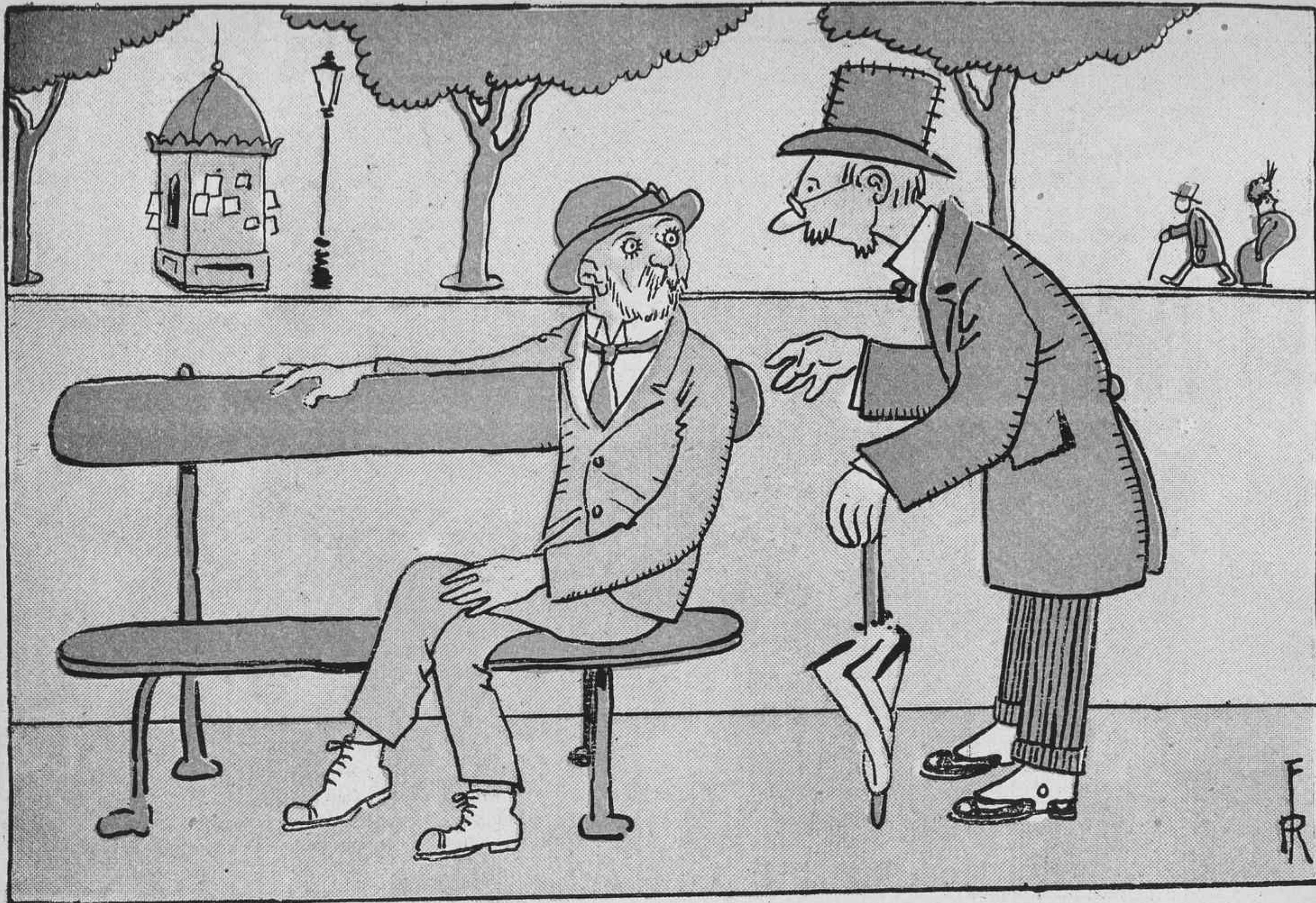
Si el alto prestigio de las mesas no hubiera necesitado del paño de los mozos, ¡cuántas sentencias, cuántos consejos, cuántas enseñanzas no hubieran hallado los gobiernos sobre el albo tablero marmóreo con que aliviar á este amado país de sus cuitas. Pues, ¿y la alta misión de los terrones de azúcar simulando estraté-

gicos movimientos y evoluciones para ir á endulzar luego el café casero del desayuno!

Para estos gallardos meridionales, para los admirables señores, no existe el presente. Los viejecitos afables de faces apagadas, añoran pasadas grandezas, los jóvenes heroicos piensan en futuras reivindicaciones, y entre tanto, el presente, momento de toda energía, de todo esfuerzo, se desliza fácil, risueño, inefable... Pero la gente de los cafés deja flotar el humo de sus cigarros y de sus cabezas, pensando en futuras y pasadas bienandanzas y llenando con su agria protesta el ambiente confortable y optimista, sentados en los muelles divanes, mientras lento y trabajoso se realiza el sublime acto fisiológico de la digestión.

Constantino Amador.





—Voy á decirte un secreto. Necesito dós pesetas.
—Puedes tener confianza en mí, como si no lo hubiese oído.



Ella.—Podías tener consideración y decirme esas cosas cuando no hubiese nadie delante.
El.—¡Pero si ahora estamos solos!
Ella.—Y ¿yo no soy nadie?



- ¿Has visto que mujer tan hermosa?
—Ya, ya. Como que se parece á mi catedrático.
—¿En qué?
—En que me ha dejado suspenso.

EL PERRO DE MARY

En un restaurant de Bruselas conocí á Mary Gosnier. La acompañaban un clonw apodado "Totó" que pasaba por su marido, y una amiguita rubia que también decía estar casada con otro payaso, el compañero inseparable de "Totó. Todas las noches á la misma hora entraban las dos parejas en el comedor y ocupaban la mesa vecina de la mía. Durante la cena Mary Gosnier me dirigía miraditas provocativas; pero la respetable presencia de "Totó" y su compadre que, á juzgar por las trazas, eran dos bárbaros de muchísimo cuidado, me contenía en los límites del más acabado respeto. Los puños de "Totó" eran dos bolas de hierro, demasiado pesadas para jugar con ellas. Cierzo que merecía la dama algún sacrificio de mi parte, más era cosa de tantear el terreno con mucha habilidad y prudencia; que no andaba yo tan falto de preocupaciones aquellos días para aumentarlas con otros quebraderos de cabeza.—Y esto de *quebraderos* tómese al pie de la letra.— Mas sucedió que una noche, luego que los payasos salieron del restaurant camino del circo, encarándose conmigo la madama, me dijo.

—¿Sería usted tan amable, que me acompañase á la Estación de Francia?

—Señora... es que...

—Se lo ruego á usted.

En otra ocasión no me hubiera hecho rogar. En aquella me era necesario escusarme. Sabía yo á que iba á la Estación de Francia. En la Estación de Francia había fiesta y probablemente sería preciso gastar algún dinero, que yo no tenía, pues que estaba detenido en Bruselas esperando un jiro de *O Mundo*, diario de Lisboa, del que entonces era yo redactor. La amiguita de Mary terció para insistir en que debía acompañarlas. Con ella iría un muchacho que había conocido en París. Formando yo en la partida, la situación de Mary aquella noche no sería desairada. En esto que llegó el nuevo socio de la rubia, un arrogante alemán que parecía un angelón barroco; y hubimos de ponernos en marcha.

Durante el camio me preguntó Mary por mi nacionalidad y condición. La dije que yo era nacido en la India portuguesa, que estaba tatuado y que me gustaban locamente las francesas. Y, arrancando de estas tres confesiones, ensarté no pocas é ingeniosas mentiras que acabaron de cautivarla, rindiéndola por entero á mi voluntad.

Mary Gosnier era de una suprema y refinada elegancia. Alta, flexible, un poco delgada pero no flaca, parecía un modelo vivo de un periódico de modas. Su conversación era picante, sin ser escandalosa. Tenía al decir las más atrevidas enormidades un no sé qué de distinción y buen gusto adorable. En tanto que bajo el airoso sombrero adornado de ricas plumas, contrastaba su mirada inocente de colegiala con el carmín provocativo de sus labios.

Quiso Mary que entrásemos en un barracón para admirar los pulmones de cierta señora sueca que permanecía debajo del agua un cuarto de hora, y me dijo:

—Hágame usted el favor de tomar los billetes.

Yo debí enrojecer y, por un momento, me hice compatriota de la sueca. Pero Mary insistió. Entonces, decidido á salir cuanto antes de aquella situación insostenible, la confesé noblemente mi carencia absoluta de dinero. Y meditando ahora cuanta sería mi sorpresa al escuchar, de labios de Mary, estas palabras aterradoras.

—A mi me ocurre eso con frecuencia. Muchas veces creo no tener dinero; pero, á lo mejor, en un bolsillo... encima de una mesa... en cualquier parte encuentro unos luses que ignoraba que los tenía. Regístrese usted bien todos los bolsillos...

En efecto, en un bolsillo exterior de la americana hallé cinco luses, cuya existencia real ignoraba yo en absoluto. ¡Y tan en absoluto!... Entre avergonzado y agradecido sonreí á mi providencia, tomé los billetes y penetramos en el barracón.

Corridos cinco días, partiéronse los artistas hacia Holanda y las dos amiguitas tomaron el camino de París. Allí se quedaría la rubia. Mary seguiría á Autum, donde me dijo estaba casada con un viejo, diputado por el departamento, hombre de mucha sabiduría y mayor elocuencia, para el que constituía la política una verdadera pasión. Pasaba en París largas temporadas, las que aprovechaba Mary en hacer alguna escapadilla á la vecina Bélgica, cuyo clima decía probarle marallamente.

Mary y yo entablamos una larga correspondencia. En todas sus cartas me rogaba que fuese á Autum. Y, al cabo me decidí á visitarla. Mary se deshizo en atenciones para conmigo. Algunas noches nos veíamos secretamente. Yo subía á oscuras, por la escalera de servicio, y una doncella me conducía hasta el gabinetito de Mary, en tanto que el elocuente diputado discutía de política en algún círculo de París.

Mary tenía un perro, un raro ejemplar, regalo de cierta princesa de Holanda, al que nombraba "Gnuff." Era feo, grosero y gruñón, y mal educado asimismo que un acreedor. Yo no debía de serle muy simpático al caprichoso "Gnuff," porque siempre entraba en el gabinetito de Mary, procuraba mostrarme su desagrado con amenos ladridos y algún que otro conato de mordedura.

Una tarde en que Mary y yo fabricábamos castillos de ilusiones para el porvenir—un viaje al Polo, un escaló á los Andes, un baño en el Bósforo, una caza de tigres en la India, una pipa fumada á la sombra de las Pirámides—el pícaro "Gnuff", se arrastró sigiloso hasta mis pies y, en el precioso momento en que Mary me juraba amor eterno, el muy ladino—como cualquier envidiosillo *compañero* en la *Prensa*—me clavó los colmillos en un zapato de charol que me había costado treinta francos. Entonces, poseído de indignación, lleno de tanta cólera, di á "Gnuff" un más que mediano puntapié que lo redujo á buen término. Pero ¡oh, complicaciones del alma femenina! Aquella mujer adorable, que no tenía escrúpulo en mancillar el honor de su marido, recibiendo en secreto al amante ó corriendo en sus brazos de ciudad en ciudad, se indignó tanto de mi actitud frente á las tropelías del cán holandés, que hu-

bimos de reñir para siempre. Por eso ahora, cuando la casualidad me lanza á alguna ventura secreta, procuro informarme primero de si hay perro para, en este caso, procurarme su amistad y serle simpático. Tal que hacen con los porteros de casa grande los que van á solicitar alguna gracia de los señores.

Pedro Luis de Gálvez.



MANUEL RIBAS,

autor de la popularísima polka que publicamos en el presente número y que tan aplaudida y *bastoneada* ha sido en los teatros de *varietés*, al ser solicitada por parte del público con la consabida frase: ¡Maestro, polka!

NIEVE NEGRA

La tarde moría.

El cielo velaron las nubes opacas que al campo marchito, sin flores ni aromas, sus vagos y oscuros reflejos mandaban. La niebla esfumaba siluetas y formas de torres y casas.

La tierra, muy fría, al sol inclemente pidióle llorando los rayos que abrasan: el astro del día, nególos: y al punto en la tierra helada, cayeron los copos muy tenues y rápidos. Nevaba, nevaba; muy blancos los copos: de armiño la sábana.

La tarde moría

Tu rostro de cielo veló la persiana: yo, al pie de tu reja, sin ti, sol de amores, de miedo y de frío moría y temblaba. Pedí á tus pupilas los rayos de fuego que dan sus miradas, y me lo negaron: ¡qué poco cariño! ¡Qué ingrata! ¡Qué ingrata! Sinistro sudario tendióme sus pliegues; también en mi pecho nevaba... nevaba, Mas ¡ay! de esta nieve: ¡qué negros los copos! ¡qué negra la sábana!

Juan L. de Tamayo.

INFORMACION TEATRAL

Español.—El domingo pasado se celebró en este clásico coliseo, una velada á beneficio de la Fundación de Escuelas en los distritos del Hospital y Congreso.

Pusieron en escena *El ama de la casa*, *Los intereses creados* y *Los chorros del oro*, representando este entremés Felisa Torres y Emilio Carreras, que prestaron su concurso á este fin benéfico.

La interpretación del resto del programa acertadísima, mereciendo especial mención la Srta. Carmen Alcalde y Fernando F. de Bernardos, que demostró ser un actorazo de cuerpo entero. Muy bien las señoritas Hernández, Rodríguez, del Río, Alcalde, Sánchez Vera y señora Ferrándiz; y de ellos, Beltrán, Guerra, Roldán, Herbosa, Morales, Hernández y Ochandatay.

En resumen: una agradable noche y un triunfo para los organizadores.

**

¿Sabes dónde viven D. Miguel de Palacios, D. Guillermo Perrín y D. Amadeo Vives?

—Yo, como "Gedeón", lo sé todo... El primero, en su hotelito de la calle de Cartagena del barrio de la Prosperidad; el segundo, en otro hotel del mismo barrio, calle de Canillas, y el tercero, en la rue de Alfonso XII.

—Muchas gracias.

—¿A qué obedece esa curiosidad tuya de conocer los domicilios de esos tres autores?

—Para hacerlo público, y que lo tengan presente las empresas teatrales que gusten de estrenar operetas extra-superiores sin necesidad de traspasar las fronteras, toda vez que en España contamos con dos autores, los Sres. Perrín y Palacios, que entienden de estos menesteres, como pocos, y que son las "amos" en revistas y obras de espectáculo; v. gr.: *El cinematógrafo nacional*, *A. B. C.*, *El país de las hadas*, *La tierra del sol*, *Las mujeres de Don Juan*, etc., etc.

—Bien; pero *La generala*, estrenada hace unos días en el Gran Teatro...

—Es, como vistes, una "señora" opereta verde, fina, delicada, preciosa. No podrá nadie achacar el éxito de la obra, al pintor, al sastre, y al electricista, como en otras ocasiones; bueno es hacerlo constar. *La generala*—que está presentada con todo lujo de detalles, y como Sicilia acostumbra—no hay motivo para echar las campanas al vuelo en honor de los señores mencionados, que con trajes, decoraciones, y efectos de luz, sorprendían al público, escatimando elogios á los autores que han imaginado las prendas y telones que tanto nos entusiasmaban.

—Perrín y Palacios al escribir *La generala*, se propusieron llevar á cabo una labor literaria de gran valor, sin ayudas de colaboradores "efectistas," y lo han conseguido honradamente, escribiendo un libreto interesante, gracioso y muy teatral,

—El acto primero es un primor de exposición, y el segundo, todo él entretenidísimo, hábilmente desarrollado, sencillo y elegante. Los dos actos terminan con

una naturalidad encantadora, sin efectos plásticos, ni situaciones pomposas que sirvan de recursos para acrecentar el éxito conseguido en buena lid, sin trampa ni cartón.

—En *La generala* ese recurso hubiera sido innecesario; la hermosa opereta no necesita "plastones" para llegar triunfante al final. Perrín y Palacios pueden estar orgullosos del último ruidoso suceso que pueden anotar en la brillante historia que poseen como autores cómicos.

—Y ¿qué me dices de la música de Vives, en la referida producción?

—¡Qué te he de decir! Que el ilustre compositor ha escrito una partitura superior á toda ponderación. Nada de música sabia, como yo me figuraba, nada de eso, numeritos alegres, inspiradísimos, divinamente instrumentados, frescos, armoniosos; monumentales, en una palabra. Vives ha encontrado en *La generala*, ancho campo, para poner á prueba su talento de notable musicazo, saliendo airoso de su empeño. ¡Bravísimo maestro!

—La protagonista de *La generala*, ó sea la *Idem*, Srta. Luisa Rodríguez, estuvo en toda la opereta, sencillamente colosal, hecha una grande artista. Bonita de suyo, elegante, monísima, entonada y coquetona cantando, se ganó estruendosas ovaciones; hasta en el mutis que hizo con singular gracejo en el acto segundo, demostró ser una artista de buena cepa. ¡Ay, niña que pronto te vamos á ver en Apolo!... Se dice... ¿No es cierto señores Arregui y Arruej? Aprovechando la salida de la Palou, nada tendría de extraño que la señorita Rodríguez ocupara la vacante en la famosa "Catedral", en donde se están "poniendo las botas" los empresarios, con las entradas que les está proporcionando *Las mujeres de Don Juan*.

La señorita Aguilar hizo en *La generala* una princesita bastante aceptable.

¡Ya lo creo! Cantó como "los propios ángeles". ¡Muy bien, niña! Sofía Romero, á la altura de su prestigiosa fama; las señoritas Torregrasa y Perales, se distinguieron en sus cortos papeles. Carreras...

—¿Qué?...

—Regular, en el acto primero; algo mejor en el segundo...

—¡Ah!...

Verita, saladísimos, hecho un actor de primísimo "cartello"; su trabajo fué celebrado y aplaudido.

El tenor Sr. Romero... no me acabó de convencer, la verdad sea dicha; no le entendí nada de lo que cantó; espero poder en otra ocasión batir palmas en honor suyo... Los Sres. Recober y Asensio admirables, así como suena.

En suma, *La generala* obtuvo un exitazo loco y merecido. Felicitemos á los autores y á Sicilia, y ahora, amigos míos, á ganar dinero á espuestas.

Repito, señores empresarios: Cuando deseen una opereta como manda Dios, y no como suelen mandar de fuera... en el barrio de la Prosperidad tienen ustedes la "fábrica",

**

El simpatiquísimo y notable actor Enrique Chicote, celebró su beneficio el lunes.

—Y ni que decir tiene cómo estaría el teatro de público.

—Por el techo me pareció ver gente.

—¡Rediez con tu vista!

—Pero lo que ví con inusitado placer fué la presentación del gracioso juguete cómico en tres actos y un prólogo, de Arniches y García Alvarez, titulado *Mi papa*.

—¿Te "tumbarías" de risa?

—Casi casi; Chicote ha tenido una gran idea al poner en escena esa divertida producción, pues de seguro le dará muy buenas entradas. El beneficiado, la Loreto, la Franco, las señoritas Medero, Aguila, Román, y los señores Soler, Castro y Ponzano, fueron aplaudidísimos en diferentes ocasiones.

—¿Hubo asaltos de armas?

—Sí señor; en los cuales tomaron parte Chicote, los maestros Lancho y Afrodisio, y los Sres. Arniches (C. y S.) y Díaz de Mendoza hijo.

—Chicote creo que está hecho un gran tirador.

—¡Cualquiera le da un sablazo!

**

—En Novedades han estrenado una revista los Sres. Jiménez y Paradas, titulada *El hambre nacional*, que tengo entendido que octuvo un éxito grande.

—Efectivamente. En dicha obra—estilo Perrín y Palacios ¡cómo no!—hay decoraciones, trajes, mucha música, el apoteosis correspondiente, etc., etc.

El título de la revista no responde como debiera á los deseos del público, pues á pesar de que existen escenas un tanto satíricas, sus autores han estado un poco comedidos al escribirlas, dejándose casi toda la fuerza en el tintero.

—Eso tiene fácil arreglo.

—Si después de todo no es necesario. *El hambre nacional* proporcionará excelentes entradas á la empresa de Novedades tal y como se ha estrenado; es decir, aunque la aligeraran un poco los señores Jiménez y Paradas, no perdería tampoco nada.

—¿Y la música de Quisiant y Cayo Vela?

—¿Quieres que te diga la verdad? Preciosísima; es de las partituras más bonitas que se han escuchado en el coliseo de D. Evelio. Se repitieron cuatro números, y los maestros fueron aplaudidos con calor.

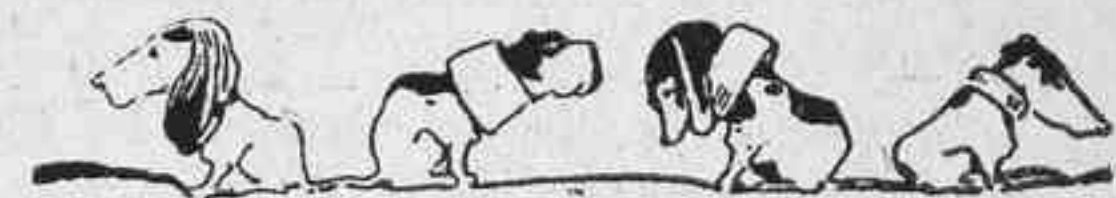
—Me lo supongo. ¡Poquito que se sudaría en la sala del teatro!

—¡Oh! Las señoritas Farinós, Zapatero, y los Sres. Lamas, Gómez, Lorente y Llorens, se hicieron aplaudir en diferentes ocasiones.

—Total; un exitazo.

—Indiscutible.

Colirón.



ARTES

Talleres de
fotograbado

Ferraz 21

MADRID

Teléfono 3558

Donaz